


LOPE DE VEGA

La Casa de España
y el Tricentenario del
Fenix de los Ingenios

BIBLIOTECA NACIONAL



 **Biblioteca
Nacional**
PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA

EXLIBRIS

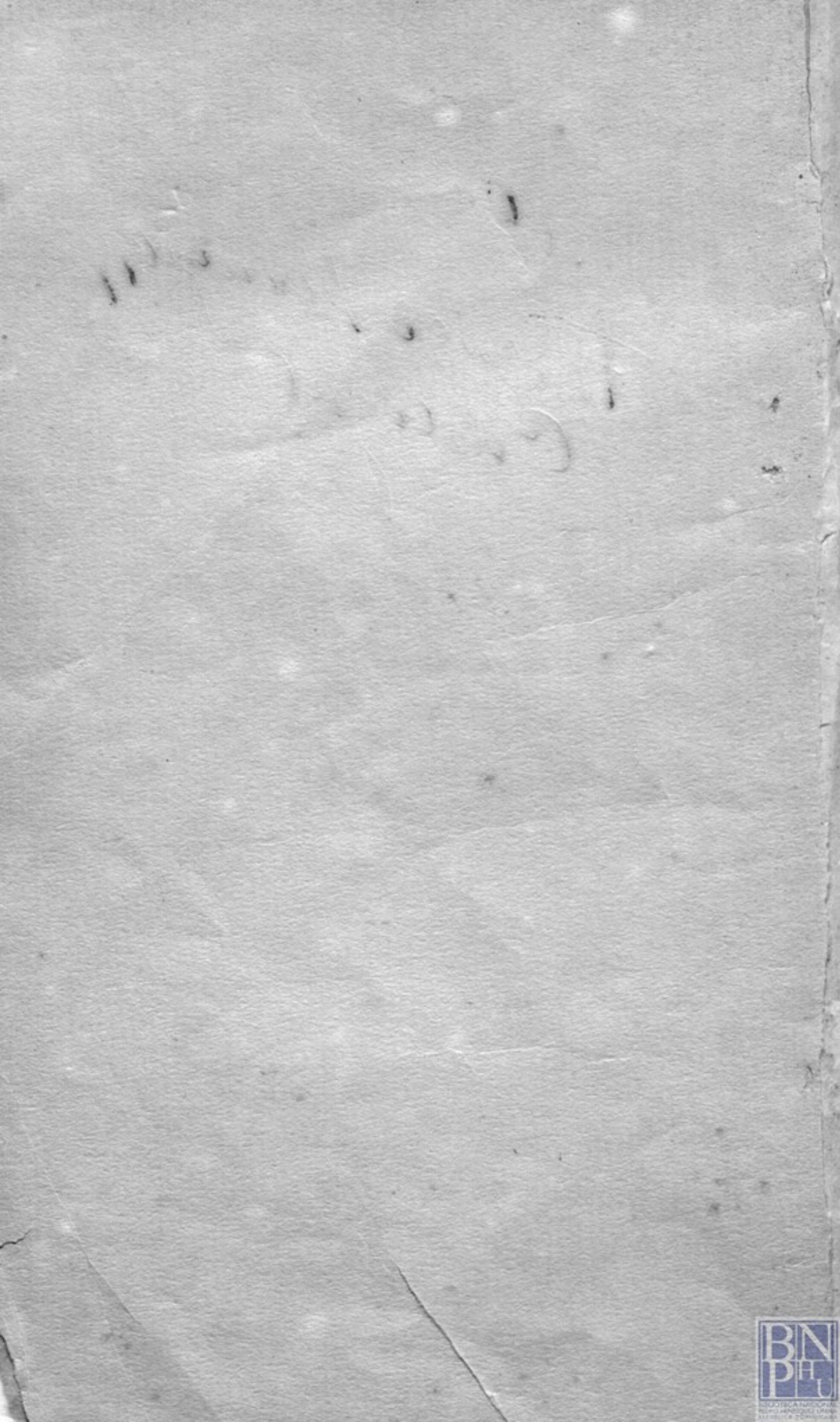


F. Henriquez y Carvajal
COLECCION

Dr. Don

Federico Henriquez

Cardajal



25

«LOPE DE VEGA»

**“Y siendo genio amor de mi sentido,
mirando más la fe que la elegancia,
compuse versos, que con lengua pura
Castilla y la verdad llaman cultura”.**

(Amarilis, Egloga.)

307228
Big

LIBRO DE LEGIS

LIBRO DE LEGIS
LIBRO DE LEGIS
LIBRO DE LEGIS
LIBRO DE LEGIS
LIBRO DE LEGIS

«LOPE DE VEGA»

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR
DON FERNANDO CAREAGA,
ENCARGADO DE NEGOCIOS DE ESPAÑA
EN LA REPUBLICA DOMINICANA, EN LA
CASA DE ESPAÑA DE SANTO DOMINGO,
CON MOTIVO DEL DIA DE LA RAZA.
AÑO 1935.



Tipografía Franciscana
Santo Domingo
1935.



21 MAR. 1980

Suas. de Federico Hernandez y Barajas

810
862.30924
V482C
L. 2



El 27 de agosto se cumplieron trescientos años de la muerte de uno de los ingenios más portentosos que hayan visto la luz sobre la tierra. Si su obra es excepcional y sólo difícilmente imaginable, también el cuento de su vida brinca alegremente sobre las bardas de lo cotidiano con un vigor y un aliento apasionado que nos colma de maravilla. En todas las provincias que forman el país de la cultura hay, en este año, unos instantes ferrosos en que se divierte la atención de lo habitual para conmemorar el tránsito de Lope a la vida perdurable de la fama. Artículos, libros, conferencias, estudios de crítica, actos literarios y solemnidades universitarias, se multiplican por todas partes en honor del Fénix de los ingenios españoles. Los más ilustres escritores de nuestro tiempo rinden su tributo de admiración al poeta y el ruido de su nombre se extiende, de nuevo, con resonancias de gloria.

La Alcaldía de Madrid ruega al vecindario que engalane e ilumine sus balcones en el aniversario de su muerte y el Gobierno se asocia al homenaje haciendo cesar el trabajo en las oficinas públicas por decreto aparecido en la Gaceta el 27 de agosto. Durante todo ese día ondea la bandera nacional en los edificios oficiales y los tranvías circulan con los troles florecidos de gallardetes como en los días de fiesta pública.

Reg. N.º

021553



Y es muy posible que, al presenciar en Cuatro Caminos la representación al aire libre del "Degollado" o del auto de "La siega", en lugar de la acostumbrada novillada o fútbol domingueros, se haya preguntado perplejo algún honrado menestral madrileño: "¿Lope?, ¿quién fué este Lope?, ¿qué hizo, en definitiva, para que así le celebren?"

A estas sencillas interrogaciones se ha empezado a contestar cumplidamente desde hace, en realidad, muy pocos años, ya que la fuerte personalidad de Lope de Vega ha permanecido velada durante más de dos siglos, corriendo, en tanto, como legítima, la engañosa medalla que acuñó su discípulo y primer biógrafo, Montalván.

Yo habré de limitarme esta noche a trazar un ligerísimo esbozo de su compleja figura y a una, muy superficial, ojeada sobre su obra. La brevedad del tiempo y lo escaso de mis conocimientos no permiten otra cosa. A esto obedece el simple título de la conferencia, sin añadiduras ni estrambotes, pues estimo que su nombre solo, es ya de por sí suficientemente expresivo.

El buen Montalván le llama, en el párrafo primero de su "Fama Póstuma", nada menos que: "Portento del orbe, gloria de la nación, lustre de la patria, oráculo de la lengua, asumpto de la invidia, cuidado de la fortuna, fénix de los siglos, príncipe de los versos, Orfeo de las ciencias, Apolo de las musas, Horacio de los poetas", y así ocho o diez nombres más, sonoros y rimbombantes. Toda esta retahila de adjetivos estaba muy dentro del gusto —del mal gusto— de la época, que inicia

el despeñamiento del barroco y convierte la gloria en vanagloria y el arte en artificio.

Y, ahora, antes de encararnos con la sombra del "Monstruo de la naturaleza", hagamos primero unas breves consideraciones.

Es indudable que, fuera del mundo sin edad de las ideas puras, toda creación humana lleva forzosamente el sello de su tiempo, por no ser otra cosa que la expresión de una sensibilidad mediante los instrumentos a su alcance. La realidad, el suceder de las cosas, es la materia que el hombre toma en sus manos y devuelve transformada en substancia poética. El mundo en derredor y el ser dotado de receptividad comunicable se influyen de modo recíproco y si bien el primero no cambia, el concepto que de él tenemos varía constantemente.

Vamos, en consecuencia, a cruzar, con rapidez, por la España que conoció el poeta y que de tan pasmosa manera supo reflejar.

Lope de Vega vive la casi entera segunda mitad del siglo XVI y el primer tercio del XVII, etapa que si representa el comienzo de la decadencia política es, también, la del apogeo de la cultura española. La nación llega entonces a la cima del imperio y el resplandor fugaz de la hora pone luces de soberbia en la mirada de los españoles más humildes. En el momento de la máxima influencia del pensamiento español en Europa; el instante de florecimiento que lanza a los hombres de estudio al abordaje de los grandes temas universales. España da la pauta y señala el rumbo; impone una técnica de gobierno y una moda en el vestir; da vida a los arquetipos eternos de Don Quijote y Don

Juán e incendia la noche oscura del alma, que arde sin consumirse. El esfuerzo y el ánimo prestan calidades nuevas al paisaje y la conciencia de haber sido llamados al cumplimiento de una misión, poco menos que sobrenatural, penetra y embriaga como una fuerte droga. El alma grave y exacta del pueblo adquiere, entonces, un empaque lleno de dignidad y España pelea en todas partes para salvar la catolicidad de Europa, al mismo tiempo que extiende la fe y la lengua de Castilla del otro lado del mar.

Lope conoce esta exaltación, este período de empuje y poderío y en lo más hondo de su ser siente el orgullo de su nacionalidad. Cuenta apenas diez y nueve años de edad cuando se verifica la anexión de Portugal y de su inmenso imperio ultramarino. El, no sale de España más que en dos ocasiones y durante su primera juventud, pero en Sevilla ha visto los galeones de la carrera de Indias y ha escuchado de labios de los pilotos de altura relatos que parecen fabulosos. Su curiosidad inagotable le lleva al conocimiento de todas las historias, de todas las mixtificaciones, de todos los tipos que se afanan en pos de anhelos perecederos.

Los ejércitos del rey católico guerrean incessantemente con varia fortuna, pero siempre parecen mayores los éxitos que los reveses. Los navíos españoles defienden bravamente el dominio del mar, y en singladuras, bajo constelaciones ignoradas, Quirós y Mendaña encuentran islas prodigiosas.

El esplendor y el predominio internacional del Estado español se mantienen durante toda la vida

del poeta, quién no llega, venturosamente, a presenciar el derrumbe catastrófico de la monarquía de los Felipes.

Ocho años después de su muerte, se desmorona el prestigio militar de nuestra infantería al mando del portugués Don Francisco de Mello; el año 46 se levanta Sicilia; al siguiente, se subleva Nápoles a la voz marinera de Masaniello; el Duque de Híjar intenta alzarse con Aragón; el de Medina Sidonia, por no ser menos, pretende proclamarse rey de Andalucía; los vizcaínos se amotinan airadamente; Cataluña arrastra a su virrey y empuña las armas en abierta rebelión; Portugal se separa con un gesto irremediable; y en toda Europa se especula ya, sin reserva, sobre el reparto del imperio español, gigante de mimbre, coloso con piés de barro, dentro del cual y al servicio de un Dios burócrata y de un rey que no lo era, con el corazón helado y el espíritu yerto, el pobre español vivía ya sólo una trasvida fantasmal.

Y ahora vengamos a Lope que hace rato nos espera.

Nace Lope en Madrid, el día 25 de noviembre de 1562, en la Puerta de Guadalajara, que así se llamaba a la parte de la calle Mayor entre la Cava de San Miguel y la calle de Milaneses.

Sus padres, Félix de Vega y Francisca Fernández, eran naturales del valle de Carriedo, en la Montaña. "Falta dinero allí; la tierra es corta," y deciden probar fortuna, fuera de la aldea nativa. Residen algún tiempo en Valladolid y su traslado a la corte se verifica sólo unos meses antes del nacimiento del Fénix. Era aquel —nos cuenta Mon-

talván— hidalgo de ejecutoria y élla noble de nacimiento. Lope presume a veces de su linaje y llega a poner diecinueve torres en su escudo, con lo que ofrece fácil blanco a la burla de sus contemporáneos y pretexto a Góngora para lanzar sus saetas envenenadas.

Hoy sabemos que no era su padre más que maestro bordador, aunque de los más notables del oficio, es decir, un honrado menestral como el que vimos antes disponiéndose a presenciar la representación del "Degollado" en Cuatro Caminos. El origen humilde de Lope se colige de su partida de bautismo y de los diversos documentos que referentes a él se conservan. Fué bautizado el 6 de diciembre del mismo año de su nacimiento en la ya desaparecida parroquia de San Miguel de los Octoes, por el licenciado Muñoz, siendo sus padrinos Antonio Gómez y Luisa Ramírez, su mujer. Gentes oscuras o de poco relieve aparecen, con posterioridad, apadrinando la caterva de hijos que tuvo nuestro enamorado escritor, con excepción de las actas en que figura su amigo y protector, el Duque de Sessa o el hijo de este.

De Félix de Vega nos dice su famoso e indiscreto hijo, que vino a Madrid detrás de una española Elena, adonde le siguió ciega de celos su mujer.

"Hicieron amistades y aquel día
fué piedra en mi primero fundamento
la paz de su celosa fantasía".

A partir de ese momento llevó su padre una

vida ejemplar, consagrado a la práctica de obras caritativas y asistiendo a los pobres en el Hospital del Buen Suceso hasta la hora de su muerte, acaecida en 1578. De Francisca Fernández no se sabe más que la fecha de su entierro, en 1589 y Lope, tan aficionado a hablar de todo lo a él atañadero, guarda sobre su madre un extraño silencio.

De sus primeros años no tenemos otra noticia que lo que refieren Montalván y el mismo Lope en la *Dorotea* y en otros lugares. Según Montalván: "iba a la escuela, excediendo a los demás en la cólera de estudiar las primeras letras; y como no podía, por la edad, formar las palabras, repetía la lición más con el ademán que con la lengua. De cinco años leía en romance y latín: y era tanta su inclinación a los versos que mientras no supo escribir repartía su almuerzo con los otros mayores porque le escribiesen lo que él dictaba. Pasó después a los estudios de la Compañía donde en dos años se hizo dueño de la Gramática y la Retórica y antes de cumplir doce tenía todas las gracias que permite la juventud curiosa de los mozos, como es danzar, cantar y traer bien la espada".

Lope nos dice que "se descubrió razonable ingenio, prontitud y docilidad para cualquiera ciencia pero para lo que mayor le tenía era para los versos: de suerte que los cartapacios de las liciones me servían de borradores para mis pensamientos y muchas veces los escribía en versos latinos o castellanos". Añade que "después de los principios de la (lengua) griega y ejercicio grande de la latina, supe bien la toscana y de la francesa tuve noticia".

Montalván nos refiere luego como escapa Lope de su casa, acompañado de un amigo, y se adentran por tierras de Segovia donde compran, por quince ducados, un rocin a lomos del cual llegan no más lejos de Astorga, pues los dineros se acaban. Un alguacil segoviano trae el fugitivo a Madrid y lo entrega a su madre, que ya el piadoso Don Félix había pasado a mejor vida cuando la escapatoria tuvo lugar.

Cuenta entonces Lope dieciseis años y es esta la primera aventura en una existencia que tan pródiga en ellas había de ser. Su temperamento inquieto y anárquico le ha empujado fuera del sosiego blanco del hogar y ya no volverá a conocer el reposo y la paz del corazón más que en contadas y brevísimas ocasiones durante su largo vivir atormentado. Es, también, la primera vez, pero no la última para su desgracia, que tropieza con la justicia. En sus mallas será siempre Lope cogido como mosca vil mientras que los animales mayores, los Lerma, los Heliche, los Olivares, las romperán con indiferencia, aunque a alguno de ellos le cueste la cabeza, como a Don Rodrigo Calderón.

Entra, no podemos precisar cuando, al servicio del obispo de Cartagena y que luego lo sería de Ávila, Don Jerónimo Manrique "a quién agradó sumamente con unas églogas que escribió en su nombre y con la comedia "la Pastoral de Jacinto", que fué la primera que hizo de tres jornadas porque hasta entonces la comedia consistía solo en un diálogo de cuatro personas que no pasaba de tres pliegos y de estas escribió Lope de Vega muchas" nos dice Montalván. Con anterioridad, había ya

traducido en verso un poema latino y acaso escrito comedias en cuatro actos.

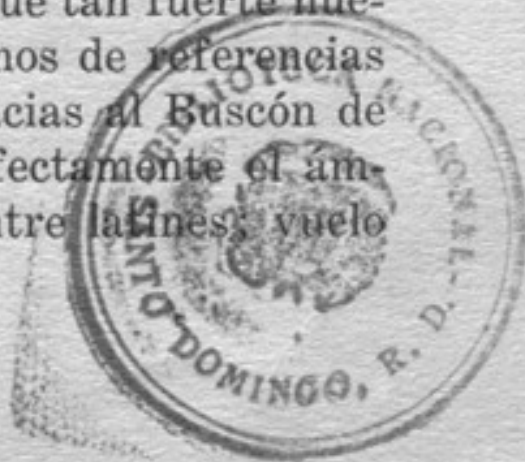
No se sabe con certeza si sus estudios en la Universidad de Alcalá de Henares precedieron o siguieron a su acomodo con el obispo, pero hoy se admite, en general, que su entrada en la Universidad fué posterior; tal vez lograda mediante el apoyo de Don Jerónimo. No aparece su nombre en los registros de Alcalá, pero Lope lo afirma en repetidas ocasiones y existen testimonios que no permiten dudar que allí estudiara. Lope tendría, a la sazón, unos quince años y permaneció cuatro en Alcalá. Nos confiesa que Raimundo Lulio y las matemáticas se le resistían. Dice luego:

“Amor, que amor en cuanto dice mente
me dijo que a seguirle me inclinase”.

No es imposible que durante su estancia en la universidad haya entablado relaciones con la que sería el primer tiempo de su sonata apasionata; puede conjeturarse, al menos, de lo que dice en su epístola a Amarilis:

“Mas yo como beldad ajena amase
díme a letras humanas”.

De todas suertes, recibe en Alcalá la enseñanza humanista que allí se daba y que tan fuerte huella dejaría en su obra. Carecemos de referencias a estos años colegiales, pero gracias al Buscón de Quevedo podemos imaginar perfectamente el ámbito en que se movería Lope entre latines, yuelo



de negros manteos, disquisiciones teológicas, briosas arremetidas a menegildas y mozas andariegas, arbitrios de pícaro y contiendas a mano armada entre estudiantes de las diversas "naciones".

A su salida de la universidad, embarca en la escuadra de Don Alvaro de Bazán tomando parte en la expedición a las Islas Terceras. La armada que se hizo a la vela el 23 de junio de 1583, estaba ya de regreso en el mes de setiembre. Los movimientos de Lope hasta el año de 1584, no han podido ser fijados, sin embargo, con la precisión deseada.

Lope de Vega tiene ahora poco más de veinte años y goza de excelente reputación como poeta. Ha colaborado ya en el "Jardín Espiritual" de Fray Pedro de Padilla y en el "Cancionero" de López Maldonado. Cervantes le menciona entre los ingenios distinguidos y cuenta, en los medios literarios, con amistades de calidad. Conoce al Poeta Liñán de Riaza, su gran amigo de la juventud y en compañía de algunos alegres mozos se dedican a llevar una vida desenfrenada. Estrujan las horas febrilmente para obtener un fuerte vino que les enciende las pupilas y les pone los pulsos al galope. Madrigales, enredos, insidias, canciones, rimas, estocadas, noches de San Juan en el Manzanares entre verbenas, álamos y mastranzos, persecuciones de corchetes y epístolas conceptuales, juego de los trucos en casa de Ruíz y juego de manos con las hembras de tronío de la calle de Lavapiés. ¡Días tensos de maravilla y sobresaltos! Priva el gusto de las pastorales y por tanto lo indicado es ponerse nombre de égloga: Liñán será Riselo, Luis de Var-

gas, hijo de un secretario de Felipe II, Liseo y Lope, Belardo. Y es entonces, en medio de este alborotado vivir, cuando se atraviesa en su camino la primera gran aventura de amor. "No sé qué estrella propicia a los amantes reinaba entonces — nos dirá más tarde— que apenas nos vimos y hablamos cuando quedamos rendidos el uno al otro".

No era este, de seguro, el primer amor de Lope, pero sí la pasión primera, de una vehemencia e intensidad de la que tenemos muestra abundante en los versos y en la prosa que el poeta prodiga en alabanza de su amada. Elena, era hija del representante Jerónimo Velázquez y se hallaba casada desde 1576 con, el también comediante, Cristóbal Calderón.

Era, Filis, una linda moza morena, de ojos bellísimos aunque algo desvergonzados, desenfadada y reidora. Hablaba suavemente con un poco de ceceo y, cariñosa y alegre, ejerció sobre su amante una poderosa atracción, merced a su refinado entendimiento.

Lope se entrega en cuerpo y alma a esta graciosa bachillera que prende fuego a su sangre y encauza su formación literaria.

Debieron ser unos amores turbulentos, mezcla de urgencias carnales y sutilezas. La sensualidad torrencial de Lope, se dispara en arrullos y denuestos; en reproches y empalagos; en besos y bofetones. "Nunca cosa ponía en paz mis deseos —dirá en la *Dorotea*— como ver revueltos sus cabellos".

Su correspondencia con Liñán de Riaza es de un gran interés para el conocimiento del ambiente

social y literario durante este período de su vida. Belardo, Liseo y Riselo "aquestos tres de la fama, que tantos versos escriben", comentan festivamente sus amores respectivos en lenguaje familiar. Hay momentos en que la violencia de su pasión da a Lope una recia calentura y siente un frío de celos, que le pone a la muerte llegando, incluso, a redactar su testamento poético; en otros, escribe a Riselo que quiere mudar de amores y de estilo, y le pide, donosamente, el arancel de las fregonas, pues quiere "seguir por plazas y cantones una moça gallega".

Pero estos juveniles amores con Elena iban a tener un final desastrado.

No conocemos con justeza los motivos del rompimiento, pero, al parecer, en la pugna entre la riqueza material y la del espíritu, la familia de Velázquez se inclinó por la primera. Lope era pobre de dinero y no podía ofrecer a Elena más que "amores, caricias, idolatrías, papeles discretos, amanecer a su puerta, celos y lágrimas". El nuevo amante de la hermosa Filis era Don Francisco Perrenot, sobrino del cardenal Granvela y sus "barras de plata y tejos de oro", fueron armas de decidida eficacia.

La madre de Elena, a quién Lope llama graciosamente en su despecho "cocrodilo gitano", fué quién primero debió pensar: "deshonor por deshonor, troquemos el perdido por el que trae provecho". El despreciado galán continuó, sin embargo, durante algún tiempo, disfrutando de los favores de la bella a espaldas del amante oficial; pero tal situación no podía prolongarse. El sentimiento de su humillación y el deseo de venganza inspi-

ran, ahora, los actos de Lope que desahoga su rencor no dando más sus comedias al padre de Elena y haciendo circular por Madrid dos poesías en las que se escarnece y afrenta a Jerónimo Velázquez y miembros de su familia.

Incóase proceso y Lope es detenido el 29 de diciembre de 1587 y llevado a la cárcel de Corte. Oída la deposición de los testigos, se le declara culpable y es sentenciado "en cuatro años de destierro de esta Corte y cinco leguas (no le quebrante so pena de serle doblado), y en dos años de destierro del reino, y no le quebrante so pena de muerte; y en que de aquí adelante no haga sátiras ni versos contra ninguna de las personas de los contenidos versos y sátiras y romances, ni pase por la calle donde viven las dichas mujeres".

Ante nueva denuncia de los Velázquez que acusan a Lope de seguir escribiendo, en la cárcel, sátiras y sonetos de infamia contra ellos, los Alcaldes resuelven lo siguiente: "Confirman la sentencia de vista en grado de revista con que los cuatro años de destierro de esta Corte y cinco leguas sean ocho demás de los dos del reino y los salga a cumplir desde la carcel los ocho de la Corte y cinco leguas y los del reino dentro de quince días; no los quebrante so pena de muerte los del reino, y los demás, de servirlos en galeras al remo y sin sueldo, con costas".

Lope sale de Madrid, de su Madrid entrañable, a cumplir el destierro dejando su casa de la calle de Majaderitos desde la que tantas veces vería el trajín de los carros del convento de Nuestra Señora de la Victoria. Va furioso, pero en manera alguna

arrepentido. Durante toda su vida conservará algo de la alegría y la inocencia de la niñez y al religioso que le conforta en la hora postrera, dirá que no tiene de qué arrepentirse. Carece, en cierto modo, de sentido moral y nunca llegará a poseer la plena responsabilidad de sus actos. En esta ocasión, sin embargo, bien examinadas las cosas, el proceder de los Velázquez es harto más censurable que el del enamorado galán. El episodio de Filis no es, claro está, de una moralidad ejemplar, pero ha servido para que el Fénix vierta sus emociones en el limpio cristal de sus versos y para que del fervor efímero de la pasión se levante la llama inmortal de la belleza.

Llegamos, ahora, al momento del primer casamiento de Lope que tiene lugar en un ambiente de melodrama. En el "Inventario general de las causas criminales que se hallan en el archivo de la sala de alcaldes de la casa y corte de S. M.", puede leerse al folio 135: "Lope de Vega, Ana de Atienza y Juan de Chaves, alguacil, por el rapto de Doña Isabel de Alderete". El rapto ocurre entre febrero y mayo de 1588 y a consecuencia del mismo se abre un nuevo proceso criminal.

Doña Isabel de Alderete o de Urbina, era hermana de Don Diego de Ampuero Urbina y Alderete, persona de relevante condición, que fué regidor de Madrid, alcalde de la Santa Hermandad de los hijosdalgo y rey de armas de los Felipes II y III. Lope se hallaba, indudablemente, en relación amorosa con Doña Isabel, durante el proceso por difamación; quizá a partir de 1586, cuando comienza a enfriarse su pasión por Elena. Al salir de la cár-

cel de Corte, dióse clara cuenta de que jamás consentiría Don Diego en el casamiento de su hermana con un condenado por la Justicia. Imaginando que el rapto allanaría el camino del matrimonio, Lope se serviría de su labia rumbosa, convenciendo a Doña Isabel para que se dejara raptar, y desafiando el riesgo que suponía el quebrantamiento del destierro, realiza osadamente su designio. Los amantes huyen y la familia de la raptada pide que se abra proceso criminal. No se lleva éste adelante pues la familia Urbina entiende que es preferible, a fin de cuentas, el casamiento a la condena del raptor y el matrimonio se celebra por poder —Lope no puede venir públicamente a Madrid— el 10 de mayo de 1588.

El 29 del mismo mes, sale Lope de Lisboa, alistado como voluntario, a bordo del galeón San Juan, que forma parte de la Invencible.

Se ha intentado encontrar una justificación al extraño abandono que hace el poeta de su dulce Belisa a las tres semanas, mal contadas, de su matrimonio. Pero será inútil buscar explicaciones al funcionamiento psicológico de cualquiera hombre que emerge de la mediocricidad, a través de criterios establecidos. Más adelante habremos de volver sobre este punto.

Los restos de la armada volvían a España al finalizar el año y Lope desembarca en Cádiz, desde donde marcha a Toledo, quebrantando así por segunda vez la sentencia de destierro. Durante la desgraciada expedición de la Invencible y a bordo del navío San Juan, escribe su poema "La hermosura de Angélica" y ve morir en sus brazos a un

hermano suyo, alférez, a quién alcanzó una bala en una refriega que tuvieron con ocho velas holandesas. Esta última noticia nos es suministrada por Montalván no conociéndose otras referencias del suceso.

De Toledo, donde se detiene brevemente, marcha a Valencia y allí le encontramos a comienzos de 1589 en unión de su mujer. Lope ha escogido deliberadamente esta ciudad para cumplir su destierro fuera del reino de Castilla. En la luminosa Valencia ha florecido siempre el arte como la fruta más preciada de su generosa tierra; allí conoce a Tárrega, a Boyl, a Guillén de Castro; contribuye a la publicación de las primeras colecciones de romances, que más tarde formarían el Romancero General; y escribe, probablemente, comedias para la escena valenciana. Careciendo de fortuna personal y no contando con recursos de otra índole, comienza a escribir para sostener su hogar y no ya "por su entretenimiento como otros muchos caballeros de esta Corte", según declaraba en ocasión de su proceso por libelos. Las comedias de esta primera época no han llegado a nosotros pero del testimonio de Cervantes y otros escritores se desprende que era ya entonces, el más popular de los autores dramáticos. En sus versos recuerda la dulzura de sus días valencianos, dejándonos en los escritos del destierro algunas muestras bellísimas de su poder expresivo. Cumplido aquél, en parte, vuelve Lope a Toledo y a poco entra al servicio del Duque de Alba en calidad de secretario. Trasládase entonces con su esposa a la residencia de los Duques en Alba de Tormes y en este lugar

tranquilo ve transcurrir la mayor parte del tiempo que dura su permanencia junto a Don Antonio de Toledo. Estos cinco años en Alba de Tormes son un remanso de paz y quietud en la vida agitada del escritor y la dulce Doña Isabel puede, al fin, gozar de una vida apacible y beata después de tanto movido lance y tanta peripecia. Lope escribe "La Arcadia", en la que hace figurar bajo nombres rústicos a su protector y demás personajes de la pequeña corte ducal, cuya monótona vida retrata. Es obra que, escrita para agradar al joven prócer y a la manera artificiosa de todas las novelas pastorales, no presenta especial interés ni en el asunto, ni en su técnica. Escribe asimismo comedias que en su mayoría han debido perderse.

La existencia llana y tranquila de Lope se ve, sin embargo, interrumpida por un suceso doloroso que determina un sensible cambio en su vida: la muerte de su esposa en 1595, dejándole dos hijas, Antonia y Teodora que no tardan en ir a reunirse con su madre.

Muerta Doña Isabel, no encuentra ya Lope en Alba de Tormes más que la sombra de los días felices y vuelve a Madrid, donde después de desempeñar, por poco tiempo, el cargo de secretario en casa del marqués de Malpica, pasa a ocupar puesto análogo al servicio del marqués de Sarria y futuro conde de Lemos, el generoso protector de las letras, a quién Cervantes dedicaría la segunda parte del Quijote.

Por este tiempo y esperando tal vez que Lope viudo contrajera matrimonio con su hija Elena, ya viuda también, su antiguo perseguidor Jerónimo

Velázquez, solicita el levantamiento del resto de la condena de destierro que aún pesaba sobre el poeta. Este era ya el más famoso escritor de comedias de la época y Velázquez pretendía, verosímilmente, asegurar para su compañía la producción del Fénix, al convertirlo en yerno suyo.

Pero Lope, desembarazado del yugo matrimonial, se lanza con frenesí, a la vida cortesana de la que ha estado privado tan a su pesar. ¿Hortelano de las huertas de Valencia?; ¿Rústico Belardo que mira las cenizas de Sagunto?; ¿pastor del arcádico Duque Albano? Sí; todo eso está bien y sirve de entretenimiento; pero no es su vida. La verdadera, la auténtica, la suya es la vida de Madrid; del Madrid que cobija los más garridos ingenios y las más lindas mujeres; del Madrid de letrillas maliciosas y sonetos irreverentes; de murmuraciones y mofas; de amores, pleitos y desafíos. La gracia, está en el aire de la villa, en ese aire tan sutil como los conceptos y que corta a veces, como una cuchillada o un verso buído. El viejo rey se muere, se cae a pedazos dentro de la fábrica genial que levantó para celebrar su propia gloria y que es, ahora, toda ella un pudridero donde se corrompe en vida la Majestad Católica. Pero en las calles de Madrid palpita perenne la alegría y el contento de vivir y Lope sentirá ese latido en sus pulsos hasta su muerte. Tras su alejamiento, a la fuerza, de la ciudad incomparable, Lope necesita sumirse en el río hirviente de la vida; salir de si mismo; mezclarse con las gentes amar, aborrecer, sacrificarse, vivir, en suma. Sin el contacto del prójimo, sin la evasión hacia el amigo o la amada, su espíritu languidece

y acabaría por aniquilarse. Y así, a su regreso a la corte, se hunde con delicia en el alma de la villa. Pasa y repasa por las plazuelas y callejas familiares la de Majaderitos, donde tiene una casa, la de la Encomienda; la de la Cruz donde hay un corral de comedias; la del Sacramento y el callejón del Codo. Quiere recorrer todas las calles del viejo Madrid, de caserones de piedra que guardan tras los balcones de hierro forjado el frescor de los aposentos espaciosos; perderse, para encontrarse, por calles de calzada estrecha con esquinas favorables a los galanteos y al choque musical de las espadas. Llega a la plaza de las Comendadoras, a la de la Cebada, a Lavapiés! Aquí conoció a Elena Osorio, pero ya eso es agua pasada y el pobre Velázquez puede seguir haciendo cuentas galanas. El enamoradizo Lope se enreda, en cambio con una casada mañosa llamada Doña Antonia de Trillo y es procesado por amancebamiento, sin que sepamos las incidencias del proceso por haber desaparecido los documentos de la Sala del Crimen.

A pesar de sus infidelidades constantes no olvida el recuerdo de su muerta compañera y a la primavera siguiente visita la tumba de Doña Isabel, escribiendo, con tal motivo, unos versos conmovedores.

Este mismo año de 1598, tiene lugar el segundo matrimonio del Fénix. La novia es, esta vez, Doña Juana de Guardo, cuyo padre, Don Antonio, rico carnicero, abastece los mercados de la Villa y Corte. Doña Juana aporta una dote que pasa de los veintidos mil reales y la unión más parece dictada por la conveniencia que por el sentimiento.

A los enemigos de Lope les falta tiempo para disparar sus flechas zahiriéndole por su matrimonio con la carnicera; Cervantes pone en boca de Urganda la Desconocida los conocidos versos de cabo roto en los que hace alusiones burlonas, pero es de la pluma elegante y acerada de Góngora de donde parten los ataques más violentos.

La existencia de Doña Juana se desliza oscuramente a la sombra de su inquieto y genial marido, sin turbar su labor, ni reprocharle sus amoríos indecorosos. Lope, apenas la recuerda en sus versos, pero a nosotros nos place imaginárnosla; dulce, callada y magnánima.

La actividad literaria del yerno de Don Antonio de Guardo, no se interrumpe y aparte de su producción dramática, escribe un largo poema, "La Dragontea", en el que narra en octavas las hazañas del corsario Drake. A principios de 1599, publica "El Isidro", poema en quintillas de desusadas dimensiones en el que relata, entre pasajes de gran delicadeza y largas tiradas fastidiosas, la vida del Santo patrón de Madrid.

Este año y acompañando a su señor, el marqués de Sarria, va Lope a Valencia, donde se encontraban Felipe III y su hermana la Infanta Isabel Clara Eugenia con toda la corte, para esperar a sus respectivos cónyuges que venían de Italia. Celebráronse las velaciones y diversas fiestas a continuación, en las que Lope toma parte, escribiendo versos de circunstancias.

En Madrid, adonde había ya regresado, le nace una niña, Jacinta, que probablemente no pasó de la niñez. En 1600 deja el servicio del Marqués

de Sarria y emprende viaje a Sevilla. De 1600 a 1610, viaja con frecuencia, corriendo su vida dentro del triángulo Madrid-Sevilla-Toledo. Tienen lugar en esta década dos acontecimientos de capital importancia en su existencia: sus relaciones con Micaela de Luján y su amistad con el Duque de Sessa, que durará hasta el fin de su vida.

Micaela de Luján, la Camila Lucinda en tantos versos cantada por el Fénix, era una hermosa comedianta casada con el también cómico Diego Díaz, quién residente en el Perú desde hacía algunos años falleció allí el año 1603.

Es difícil precisar el comienzo de estos amores, que acaso se iniciaran a raíz de la muerte de Doña Isabel de Urbina, y no sabemos tampoco, como terminaron. Micaela abandonó verosímilmente la escena al estrechar sus relaciones con Lope, con quién vive largos años a la sombra de un afecto tranquilo.

La "serrana hermosa" inspira al poeta innumerables versos, en los que describe los encantos de su amada con acentos en los que a veces tiembla la pasión. Lucinda era bella, con la belleza elemental que recibió del Señor. Tenía los ojos azules "de donde amor hace a las almas amorosos tiros" y la carne blanca y encendida. Su cultura era tan escasa que ni siquiera sabía firmar. Pero Lope, que debió amarla intensamente, firma las comedias de esta época entrelazando la M inicial de su amante a su propio nombre, en señal de amorosa devoción.

Nacen de estos amores cinco hijos, el último en 1607, aunque sólo dos —Marcela y Lope— lle-

gan a la adolescencia. Del examen de sus partidas de bautismo se desprende que el despreocupado Lope cuelga, por lo general, la paternidad de sus vástagos al esposo correspondiente, costumbre que no abandonará, sin sentir por ello el menor escrúpulo.

Lope vive con Micaela en Sevilla, en Toledo y por último en Madrid, pero a partir de 1607 cesan las noticias de la bella Lucinda y el último autógrafa con la M inicial antepuesta a su nombre es de 1608.

Durante todo este tiempo se las arregla para sostener simultáneamente sus dos familias —la legítima y la fraudulenta— y hay ocasiones en que los dos hogares se hallan establecidos en la misma ciudad, por ejemplo, en Toledo, en la época del nacimiento de Marcela el año 1605.

Ese año y con motivo del nacimiento del príncipe que después sería Felipe IV, se celebra un certamen poético que el ayuntamiento toledano encarga a Lope de dirigir. Su fama era extraordinaria; llevaba ya escritas 230 comedias de las que había salido en Valencia la primera parte y al margen de su producción dramática había publicado "La hermosura de Angélica" y la novela "El peregrino en su Patria", en 1604. En el verano de 1605 comienza su amistad con Don Luis Fernández de Córdoba, Duque de Sessa, quién veinte años más joven y aficionado en extremo a las letras y acaso aún más a las faldas, encontró en Lope —tan versado en amor— el secretario perfecto. El Duque, recompensó generosamente los servicios de quién pasó a ser consejero íntimo, devolviendo con

su afecto la inclinación y el apego leal de su servidor.

En 1607, arrienda Lope, en Madrid, unas casas en la calle del Fúcar, tal vez para que en ellas viviera Micaela y este año es bautizado Lope Félix, el último hijo que tiene de la "serrana hermosa". La madrina fué Jerónima de Burgos, comedianta famosa y gran amiga de Lope que la llama en sus escritos la "amiga del buen nombre". La señora Gerarda, otro de los nombres que recibe del escritor, aparece con frecuencia en la correspondencia de Lope con Sessa y aunque sus relaciones no debieron ser exclusivamente líricas —"que en esto de ser platónico y honesto más parece que amor filosofía"— no alcanzaron a dejar rastro poético señalable. Era mujer del famoso representante Pedro Valdés y para ella escribió el Fénix en 1613 "La dama boba". El aumento de 200 a 300 reales en el pago de las comedias que se representaban en el cuarto de la reina, fué ordenado por ésta a petición de Jerónima de Burgos.

En 1608 imprime Lope "La Jerusalém Conquistada", poema dedicado a Felipe III y al año siguiente aparece la parte segunda de las comedias. Ve la luz este mismo año, el "Arte nuevo de hacer comedias", obra de gran importancia por ser una exposición de las teorías dramáticas de quién es prácticamente, el fundador de la escena española.

Durante el verano de 1609, ingresa en la congregación del Caballero de Gracia y poco después traslada su residencia a Madrid definitivamente. En Enero de 1610 ingresa en el Oratorio de la calle del Olivar, otra congregación, de la que eran

miembros Cervantes, Salas Barbadillo, Espinel y Quevedo y a la que más adelante pertenecieron Calderón y Montalván y otros poetas.

Por escritura de setiembre del mismo año adquiere una casa en la calle de Francos en el precio de nueve mil reales y que ocupará durante los 25 años que le restan de vida. Cerca de la casa se encontraba el mentidero de representantes y en aquel barrio, que lo era de poetas, vivieron Cervantes y Quevedo. Lope reparó la casa, instaló un oratorio, transformó el patio en jardín y colocó sobre el dintel de la puerta una piedra con la inscripción latina:

D. O. M.

“Parva propria magna
Magna aliena parva”.

Se abren entonces los dos años más felices que conoce, quizá, el poeta; dos años de paz y sosiego en compañía de Doña Juana y el pequeño Carlos Félix y que bruscamente cortarían la muerte para lanzar a Lope a su destino inexorable de gozo y dolor; a la vida frenética que era necesaria para el brote genial de su obra.

Pero ahora, descansa en su rincón de libros y flores que le dan concetos y divierten sus cuidados, perfumando el paso sigiloso de las horas.

A la del alba entraba Carlillos contando alguna cosa por donaire con su graciosa media lengua, y en tanto el padre se vestía, retozaba alegremente entreverando sentencias y desatinos. Se llegaría luego a su madre en demanda de cariños y Lo-

pe contemplaba con arrobo el rostro del hijo junto a la honesta cara de Doña Juana. Besándolos, lloraba de ver tales mañanas después de tantas noches tan oscuras y con el pensamiento de tener las horas seguras en su estado venturoso, íbase desde allí con el cuidado de escribir alguna línea más después de haber consultado los libros. Escribiría con rapidez las comedias que el público exigía —“El mejor mozo de España”, “La discordia de los casados”— y con ternura exquisita y emoción tan verdadera que realizarían el milagro de volverle al candor de la infancia, la prosa y los versos divinos de los “Pastores de Belén” que dedicaba a su hijo Carlos. Con esto se pasaba la mañana y llamábanle a comer. Enfrascado en su trabajo tal vez respondía con algún despecho que le dejasen; pero entraba Carlillos y tirándole del alma, más que llevándole de la mano, le sentaba a la mesa al lado de su madre. Allí, sin ver al maestresala, ni tanto criado por una y otra banda y sin ceremonias enfadosas, su pobreza honesta y liberal, les daba sustento bastante. Terminada la comida bajaría al jardín, que así describe en una epístola a Francisco Rioja:

“Que mi jardín, más breve que cometa
tiene sólo dos árboles, diez flores
dos parras, un naranjo, una mosqueta”.

Pero tanta dicha no podía durar y la muerte le vino a quitar de las manos los seres que más amaba y con ellos el descanso, el remedio y la esperanza. En el otoño de 1612, muere Carlos Fé-

lix y al año siguiente Doña Juana de Guardo, quién, enferma desde hacía algún tiempo, había dado a luz poco antes a Feliciano, única hija legítima que sobrevive a su padre.

La impresión que estas desdichas produjeron en el ánimo de Lope fué muy dolorosa y el eco de su emoción quedó grabado en una bellísima poesía incluida en las Rimas sacras.

La larga enfermedad de Doña Juana y la muerte del niño tan querido, inclinaron a Lope a la meditación y al exámen introspectivo. Esta tendencia fué en aumento y llevado de la vehemencia de su carácter llega a caer en verdaderos arrebatos místicos.

En 1611, un año antes de la muerte de Carliillos, había ingresado en una nueva congregación: la Orden Tercera de San Francisco, lo que no le impedía el desempeño de sus funciones como redactor de epístolas amatorias a las numerosas amantes de su señor el Duque de Sessa: a Jacinta, a Jerónima, a Flora. Pero ya señalamos la dificultad de considerar su vida bajo la perspectiva moral usadera.

Viendo su hogar deshecho por el manotazo indiferente de los acontecimientos, el ánimo de Lope, ya propenso al arrepentimiento de su vida pasada, conoce una aguda crisis de conciencia, llegando a extremos patéticos. Gran pecador y profundo creyente, busca el apoyo y el consuelo de la religión con una sinceridad y una violencia que nos deja perplejos. Escribe los Cuatro soliloquios, cuyo título es de por sí suficientemente significativo: "Cuatro soliloquios de Lope de Vega Carpio; llan-

to y lágrimas que hizo arrodillado delante de un crucifijo, pidiendo a Dios perdón de sus pecados"; y añade "Es obra importantísima para cualquier pecador que quisiere apartarse de sus vicios y comenzar vida nueva".

Su fino sentido del humor y el gusto de la época, no le abandonan ni en los instantes de más fervorosa contrición: "Jesús mío, si se huelgan tanto los ángeles de la conversión de un pecador, a fe que les di buen día!"; y un ligero conceptismo flota sobre esta hermosa plegaria: "¡Que bien se ve mi Jesús, que eres mar de amor, pues nunca mejor te hallan mis ojos que siendo ríos!"

Pero a las cinco semanas de morir su esposa figura ya en la comitiva de la real familia en viaje a Segovia, Burgos y Lerma y escribe desde Burgos al Duque de Sessa en tono frívolo, diciéndole, entre otras cosas, que lo ha pasado bien con su huéspeda Jerónima de Burgos.

El carácter de Lope es desconcertante. "Su devoción —escribe el señor Ocerin— no es incompatible con el libertinaje: peca y reza con igual sinceridad y posee el más maravilloso don de olvido. ¿No dijo "pocas horas antes que muriese" a un religioso que le preguntaba "si tenía alguna cosa que le diese cuidado" "que no, que nada le daba pena"?

Poco después determínase a recibir ódenes sagradas y en los conocidos versos a Amarilis dice:

"Dejé las galas que seglar vestía;
ordenéme, Amarilis; que importaba
el ordenarme a la desorden mía".

Su fiebre religiosa ha cedido considerablemente cuando decide poner en práctica tan grave resolución; al menos, así nos lo hacen sospechar su conducta inmediata y los versos que pone en labios de Belardo, en "Peribañez":

"Cayó un año mucha nieve
y como lo rucio ví,
a la iglesia me acogí".

Marcha a Toledo para ordenarse de presbítero y su correspondencia con Sessa datada en esa ciudad es de un enorme interés para el conocimiento de su carácter. Acabamos de ver a Lope de rodillas, con el corazón lacerado de remordimientos y los ojos en lágrimas; la lectura de sus escritos no deja el resquicio de una duda sobre la autenticidad de los sentimientos expresados y, sin embargo, sus cartas reflejan un espíritu mucho más entregado a los negocios terrenales que al de la salvación eterna.

En una de ellas, luego de jugar del vocablo a costa del nombre del obispo que le da la Epístola y de comentar jocosamente la pérdida de sus bigotes, dice: "Aquí me ha recibido la señora Gerarda con muchas caricias. Está mucho menos entretenida y más hermosa. Besa los piés a V.exc^o y me manda le escriba mil recados". En otra, trata de desvanecer las sospechas de Sessa sobre el empleo de su tiempo pero confiesa, al fin, que se divierte de sus tristezas con "la amiga del buen nombre".

No pierde contacto con los cómicos y la parte

cuarta de sus comedias, dedicada al Duque de Sessa aparece en 1614, casi al año de la publicación de la tercera. En junio, ordenado ya de sacerdote, vuelve a Madrid y aquel otoño da a luz las Rimas sacras, que dedica a su confesor Fray Martín de San Cirilo.

El conflicto resultante de querer conciliar sus habituales ocupaciones como secretario de Sessa con las prohibiciones de su confesor llenan estos días de congoja el espíritu de Lope. Como sabemos, la redacción de las misivas amorosas de su protector era uno de los principales deberes de su cargo. El Duque —ocupado constantemente con sus queridas— pide a Lope que siga escribiendo epístolas amatorias y este tropieza con escrúpulos de orden moral y la prohibición tajante de su confesor, revelando en sus cartas la desesperada situación de su ánimo.

Se celebra este año la beatificación de Santa Teresa y Lope forma parte del jurado calificador en el certamen organizado con tal motivo, recitando el panegírico.

Las partes V y VI de las comedias aparecen en 1615, año en que el escritor hace viajes a Ávila y Burgos: el primero con motivo de una capellanía y el otro, acompañando a Sessa y a la corte, en ocasión de celebrarse el matrimonio por poder del Príncipe de Asturias, más tarde Felipe IV y del rey Luis XIII de Francia, con la hermana de éste, Isabel de Borbón y la Infanta Doña Ana, hija mayor de Felipe III, respectivamente.

A fines de junio de 1616, sale Lope para Valencia y en carta al Duque de Sessa, ofrece como

pretexto de su repentino viaje, asuntos de un hijo fraile descalzo que allí tenía. En Madrid, se comenta la marcha de Lope y malas lenguas sospechan que de andar faldas de por medio, no serán, a buen seguro, las del franciscano. El de Sessa tampoco está muy convencido de esta historia del fraile descalzo y Lope trata de persuadirle de que es así en efecto, aunque más adelante descubra, candorosamente, el verdadero motivo.

Quién fuera este fraile franciscano, es cosa que no sabemos con precisión, pero consta ciertamente, que el conde de Lemos desembarca en Valencia a principios de julio y con él, la compañía del representante Sánchez que le venía entreteniendo con sus farsas. Entre las actrices figuraba una antigua querida de Lope, Lucía de Salcedo, a quién llama en sus cartas "la loca".

En Valencia cae enfermo de cuidado el enamorado escritor y su encuentro con la Loca, no le debió resultar lo que pensaba. "Veinte días hablé con la loca —escribe— y lo he pagado hasta mis descendientes como pecado original."

La figura de Lucía de Salcedo carece de relieve y se nos aparece sólo como gran enredadora, costando mucho a Lope librarse de ella.

Esta aventurilla de la Loca es el preludio de la última y más honda pasión que estremecería la vejez del poeta en agonías de deleite y sufrimiento.

Entramos ahora en el período más dramático de su existencia, en el que ha provocado el anatema de los moralistas y merecido los juicios más apasionados de sus biógrafos.

Corre el año de 1616. Lope de Vega es un sacerdote de 54 años y recientemente ha obtenido el cargo de procurador fiscal de la Cámara Apostólica, en el arzobispado de Toledo, por influencia de su protector. Es piadoso y devoto creyente. Celebra todos los días en el oratorio instalado en su casa. "Visitaba todos los días por devoción —nos refiere Montalván— y los sábados por voto, el santuario de Atocha y en los hospitales ejercía frecuentemente su sagrado ministerio, consolando y sirviendo a los enfermos con caritativo celo". Su ya larga vida ha sido una continua peripecia; un derroche de amor y poesía; una dávida generosa de sí mismo. Parece llegado el momento de la serenidad, de la quietud, del regusto agridulce del recuerdo.

Pero su obra estaba inacabada. Aún le esperan veinte años de trabajos durante los cuales ha de producir sin descanso; con la misma gracia; con igual lozanía que en su mocedad y una técnica más depurada. Y como empujada por el destino, Amarilis irrumpe en la vida del artista con sus verdes ojos de Minerva.

Estos amores sacrílegos con Marta de Nevarres han sido objeto de las más acerbias censuras y brindaron inmejorable ocasión a la envidia de sus enemigos para justificar sus acometidas. Vamos, pues, a detenernos un momento para examinar este aspecto tan criticado de su vida, rompiendo una caña, ya que no una lanza a su favor.

No se trata, naturalmente, de construir un sistema optimista al establecer que la serie de caídas de Lope constituye el instrumento de que la

Providencia se valdría para realizar el destino del Fénix, pero es evidente que así como la luz presupone las tinieblas, la creación maravillosa del poeta fué consecuencia de su trayectoria vital. La sensualidad tremenda de Lope, le impide vivir en la tranquilidad y la armonía; reprimida le hubiera conducido a la neurastenia o la locura, frustrándose su obra; y su desbordamiento impetuoso es fatalmente irremediable. Lope da salida a su vitalidad excesiva de la manera que mejor le parece y sin pararse a pensarlo mucho. Gracias a ello conserva durante toda su vida un estupendo equilibrio nervioso. Su concupiscencia es extremada, pero sabe sublimar el sexo en energía creadora y transformar los apetitos en fuerzas espirituales.

Aferrado a su código moral y a su escala recibida de valores, el hombre inferior es incapaz de comprender la existencia de un ser fuera de esta estrechez normativa.

La menor alteración en sus hábitos, la más tímida excursión más allá de las lindes de su rutina cotidiana, se le antoja al mediocre un acontecimiento inconveniente o una inesperada aventura llena de delicias y riesgos, produciéndole, en ambos casos, sensaciones de desasosiego y desorientación angustiosa.

Lope es justamente lo contrario del hombre inferior. Su vida es un torbellino de actividad, un vendaval apasionado. Su impulso magnífico le levanta y le hunde, alternativamente, en aletazos de exaltación y derrota. "Mi vida son mis libros, mis acciones", nos dirá él mismo al tornar el ros-

tro hacia el camino recorrido. Y libros y acciones; poesía y amor; versos y mujeres forman el binomio de su existencia.

Realiza con profundo instinto la síntesis de los amores en un solo sentimiento sobre el que edifica su mundo personal: el Amor rerum, la ternura hacia las cosas creadas, y las tres antiguas concepciones escolásticas —el amor Dei, el goce voluptuoso y la caridad— se funden en él confusamente. Lope no es un libertino ni mucho menos un burlador. Sus pasiones son los materiales que habrá de transformar en admirable obra poética transmutando los elementos de lo orgánico en jugo precioso del espíritu.

Y si haciendo abstracción de estas consideraciones miramos en torno al poeta, el espectáculo de la sociedad de su tiempo nos ofrece escasos motivos de edificación, desde el punto de vista de las costumbres: El propio rey Felipe IV tiene 32 hijos naturales y uno de ellos, el hijo de una comedianta como Micaela, como Jerónima, será el segundo Don Juan de Austria. La poca conocida historia del citado monarca con la monja de San Plácido, es por demás curiosa y proyecta una viva luz sobre determinados aspectos de la época.

Respecto al clero nos limitaremos a unos cuantos testimonios. “En una obra del dominico Fr. Pablo de León, impresa en 1553, se dice rotundamente “que apenas se verá iglesia catedral o colegial donde todos por la mayor parte no estéis amancebados”. Los esfuerzos de muchos prelados y la reforma general de la disciplina en el concilio de Trento y las prevenciones de los reyes nos ilus-

tran sobre la condición moral del clero. En punto a moralidad aunque mucho se había mejorado la masa del clero en comparación con lo que fué en la edad media, todavía hubo que acudir más de una vez, a la reforma de algunas órdenes, a la inspección de conventos, etc., y aún así no era raro el caso de clérigos con hijos como lo atestigua una Real provisión de la Chancillería de Valladolid y la ordenanza acordada por las Juntas Guipuzcoanas, celebradas en Segura, en 1649 que hacen referencia a los "hijos de clérigos de orden sacro" que pretendían oficios públicos "so color de cartas y privilegios de legitimación". (1)

Veamos ahora el estado de la moralidad general:

En 23 de junio de 1642 se dió un pregón general "de que nadie bajase al río so pena de 300 ducados y vergüenza pública, para evitar las desgracias que suelen suceder en la noche de San Juan". Pero estas medidas sirvieron para poco y continuaron las aventuras amorosas a orillas del Manzanares, en el Prado y en otros puntos, siendo frecuentes las pependencias, muertes y robos. La relativa sencillez de costumbres que Madrid tuvo antes de fijar en él su corte Felipe II, se trocó desde entonces en una inmoralidad creciente, que se refleja en la progresión en las causas por delitos que se veían ante la sala de Alcaldes de Casa y Corte, progresión que se adujo como justificante del traslado a Valladolid que hizo Felipe III. Las mancebías, reglamentadas por varios monarcas,

1. Altamira: Historia de España. Tomo III, pág. 353.

existían hasta en las universidades: y aunque Felipe IV las prohibió en absoluto en pragmática de 1623 en 1661 no se había remediado el mal que, en comienzos del siglo XVIII, todavía era de gran "nota de escándalo". (2)

Y volvamos a Lope, a quién dejamos en el momento de dar comienzo a su idilio con Amarilis. Esta era en realidad, Doña Marta de Nevares y el relato de los amores se nos conservan en las cartas a Sessa y en la égloga "Amarilis". La que había de incendiar el alma del poeta con una llamara-da de pasión casi inconcebible en su avanzada ma-durez, era una bella mujer de 26 años, casada des-de los trece con Roque Hernández de Ayala "hom-bre de negocios". Lope la describe "con ojos ver-des, cejas y pestañas negras y cantidad de cabellos rizos y copiosos, boca que pone en cuidado los que la miran cuando ríe, manos blancas, gentileza de cuerpo". Sus dotes espirituales eran, al parecer, numerosas y sus aficiones la inclinaban hacia gustos artísticos.

Se conocieron en un jardín, en ocasión de ce-lebrarse una fiesta poética que ella presidía y si bien al principio mostró Doña Marta alguna re-sistencia en rendirse a los deseos del ardoroso clé-rigo, a fines de 1616 habían ya llegado sus relacio-nes al más completo grado de intimidad. El poeta nos muestra en sus cartas la violencia de su pa-sión: "Yo estoy perdido si en mi vida lo estuve por alma y cuerpo de mujer" escribe a Sessa. En otra carta retrata en una frase certera la vehe-

2. Altamira, obra cit. pág. 721.

mencia de su caracter: "Yo nací en dos extremos, que son amar y aborrecer: no he tenido medio jamás".

En agosto de 1617, nace una niña, fruto de estos amores tardíos del escritor, que es bautizada a las dos semanas de su nacimiento con el nombre de Antonia Clara. En la partida de bautismo aparece Roque Hernández como padre de la nueva cristiana y el padrino es Don Antonio de Córdoba, hijo del Duque de Sessa.

Doña Marta, instigada por su amante, pide por entonces, el divorcio, acusando a su marido de malos tratos y se retira a un convento mientras el proceso se tramita. La muerte de Roque Hernández, en 1618, pone término al pleito de divorcio y a una serie de pequeños y sórdidos enredos. La felicidad de Lope es ya completa.

En la dedicatoria de su comedia "La viuda valenciana" a Marcia Leonarda —otro de los nombres poéticos de Doña Marta — Lope muestra, con un tremendo cinismo, el júbilo que le produce la liberación definitiva de su amante de "un hombre que comenzaba a barbar por los ojos y acababa en los dedos de los piés.... tenía estas gracias —añade— y por añadidura el más grosero entendimiento que ha tenido celoso después que se usa estorbar mucho y regalar poco. Suelen decir por encarecimiento de desdichados: "Fulano tiene mala sombra". No la tuvo mujer, tan mala desde que hay sol; y siéndolo V. m. de hermosura, se espantaban muchos de verla con tan mala sobra". Y tras esta mofa cruel, llega a exclamar ingenuamente: ¡Bién haya la muerte!

sentan ante el rey Felipe IV, en la plaza de Palacio. Nuevamente llamado a presidir el certámen poético, obtiene el primer premio entre los 132 poetas que concurren al primer tema o asunto.

El 12 de febrero de este mismo año ingresa Marcela, hija del poeta y de la serrana hermosa, en el convento de las Trinitarias Descalzas, donde seis años antes habían entrado, sin acompañamiento y en hombros de cuatro hermanos de la Orden Tercera, los restos de Cervantes, encerrados en un humilde féretro.

Marcela toma al profesar el nombre de Sor Marcela de San Félix y permanece en el convento hasta el momento de su muerte que tiene lugar en 1688, a los ochenta y tres años de edad. Cuando ingresó contaba, solamente dieciseis y de ella conservamos un manuscrito de versos. Compuso, también, loas que se representaban en la comunidad pues heredó, al parecer, parte de las dotes poéticas de su progenitor.

Por este tiempo la desgracia se abate sobre la vida del Fénix ensombreciendo su felicidad; Amarilis, enferma de la vista y queda más tarde completamente ciega. En sus cartas a Sessa alude Lope a esta desventurada "Antoñica —dice en una de ellas— trae una novena a Santa Lucía, que salud de tales ojos, ángeles la han de pedir a Dios". Una desdicha mayor aguardaba, empero al poeta: Doña Marta enloquece, aunque antes de su muerte vuelve a recuperar la perdida razón.

En medio de tanto infortunio Lope sigue produciendo con su fecundidad milagrosa.

De 1623 son las partes XVIII y XIX; al año

siguiente aparece "La Circe", en unión de otros poemas y de tres novelas cortas dedicadas a la señora Marcia Leonarda; la parte XX, se publica en 1625 y es ya la última que saldrá en vida del escritor, quién afirma en su prólogo llevar escritas 1070 comedias.

En junio de éste año, Lope, que ya era familiar de la Inquisición, ingresa en la congregación de San Pedro, cofradía de sacerdotes naturales de Madrid que aún subsiste y de la que llegó a ser capellán mayor.

En otoño, publica los "Triunfos divinos" a imitación de los Trionfi del Petrarca. Al final del volumen se encuentra el poema hostórico La Virgen de la Almudena, que da comienzo con una linda glosa a los versos:

"Serrana de la Almudena
¿cómo siendo tu hermosura
de nieve tan blanca y pura,
tienes la color morena?"

Y a propósito del nombre de la Virgen, cuenta Lope una anécdota tan llena de maravilloso sabor popular que no puedo menos de transcribirla:

"Sucedió, pues, que habiéndosele perdido a un hombre de esta villa un esclavo, que estimaba mucho, le dijo (a un sacerdote), que pidiese a la Santísima Virgen de la Almudena se le devolviese y que le prometía seis ducados. Fué el sacerdote al altar aquella tarde y le dijo: "Morena, seis ducados prometen por que parezca este esclavo fugitivo; limosna es que importa a nuestra capilla,

Este increíble descaro en el prólogo de una comedia que pasaría de mano en mano, no podía menos de atraerle las críticas más severas y los ataques redoblados de Góngora, de Villamediana, de Alarcón y otros escritores. Lope era el máximo poeta en lengua castellana y su popularidad, enorme.

En 1617 salen impresas las partes VII y VIII y aparece la novena, primera que edita el mismo Lope, advirtiéndolo en el prólogo que así lo hará en lo sucesivo pues las partes anteriores fueron impresas sin su autorización. Pensaba, de esta suerte, recoger parte del fruto de su trabajo, con alguna mayor seguridad.

“Imprimo al fin, por ver si me aprovecha para librarme desta gente, hermano, que goza de mis versos la cosecha”.

En 1618 escribe el “Triunfo de la fe en los reynos del Japón”, obra escrita de encargo y ven la luz dos nuevas partes de comedias, la X y la XI, en cuyo prólogo afirma que sus comedias llegan ya a 800. La docena parte sale en 1619 y dice a su comienzo: “Entre los que me siguen, unos hay que entienden, otros que piensan que entienden y otros que dicen lo que oyen a los que entienden”. Al año siguiente aparecen las partes XIII y XIV. Se organiza, en mayo de este año una famosa justa poética para celebrar la beatificación de San Isidro y Lope, que es nombrado director, lee el certamen ante un inmenso gentío en el que se hallaban re-

presentadas todas las clases sociales. Entre los concursantes estaba Lope de Vega el mozo, el hijo de Micaela y también Calderón de la Barca, a la sazón de veinte años de edad. Lope aparece firmando unos versos burlescos bajo el seudónimo de "El maestro Burguillos" y la brillantéz con que desempeña su cometido acrecienta, si es posible, su nombradía.

Aparecen en estos años de 1620 y 21, las partes XV, XVI y XVII de comedias. En el prólogo de la parte XV, escribe Lope que él hace lo que puede por ellas: "mas puede poco; que las ocupaciones de otras cosas no le dan conseguirlas como quisiera; que reducirlas a su primera forma es imposible; pero tiene por menos mal que salgan de su casa, que de las ajenas por no las ver como las primeras en tal desdicha ya con loas y entremeses que él no imaginó en su vida, ya escritas con otros versos y por autores no conocidos, no sólo de las musas, pero ni de las tierras en que nacen. "Dice, luego, llevar escritas 927" contando las que se llaman autos", lo que nos da un promedio de más de una comedia por semana entre febrero de 1618 y setiembre de 1620.

"La Filomena", es un poema dividido en dos partes que ve la luz en 1621. En la primera responde Lope a los ataques de Torres Rámila, pero es la segunda la que encierra un gran interés para su biografía por relatarnos en ella gran parte de su vida.

En 1622, se celebra en Madrid la canonización de San Isidro y a petición del Ayuntamiento de la Villa, escribe el Fénix dos comedias que se repre-

y piedad a vuestra devoción. Pobre estáis, y como vivís en los fines de la villa, visitada de pocos, haced con vuestro hijo que parezca este esclavo." Y volviéndose al niño que tenía en sus brazos la reina soberana, le dijo: "No hay que estarse riendo, sino hacer luego lo que la Morena pide...." No contento con estas regaladas palabras le ató un hilo en el dedo al soberano niño para que se le acordase; y acordóselo también al que todo lo pasado y porvenir tiene presente, que a la mañana estaba el esclavo con su dueño, que alegre y admirado trajo el dinero."

Los Triunfos están dedicados a la condesa de Olivares, esposa del todopoderoso valido, cuyo favor intenta Lope lograr de esta suerte. El conde-duque, no hizo gran cosa por él, a no ser la pensión de 250 ducados garantizada por la corona.

En setiembre de 1627, sale a luz el poema épico-religioso "La corona trágica". Dedicó este poema, inspirado en la figura de María Estuardo, al Papa Urbano VIII, del cual recibe una carta de gracias, el título de doctor en Teología en el Collegium Sapientiae y la cruz de la Orden de San Juan, lo que le permite anteponer, desde entonces, a su nombre la palabra "Frey".

Son numerosas las cartas de Lope correspondientes a los años 1627 y 1628. Por ellas vemos como el glorioso poeta vivía en la pobreza, a pesar de su popularidad asombrosa. Un escritor inglés, amigo de las cosas de España, ha pintado, con estas exactas palabras, la fama que Lope tuvo en vida: "Lope fué testigo, por decirlo así, de su propia apoteosis. Era uno de los espectáculos

de Madrid. Cuando regresaba del hospital donde cuidaba enfermos y moribundos, las gentes, en la calle, se volvían para contemplarle; niños y mujeres se apiñaban a su alrededor para besarle la mano y solicitar su bendición. Su paseo diario era como el de un rey, y su retrato pendía de los muros de los palacios y de las moradas humildes. Así nos lo describen y así nos place imaginárnosle en su augusta vejez: como un símbolo viviente de toda la fuerza, la altivez y la gloria de la heroica España”.

Su nombre había pasado a significar cuanto de bueno y excelente tenía cualquier cosa; Fr. Francisco de Peralta, dijo en su Oración Fúnebre: “Proverbio hizo el lenguaje castellano del nombre de Lope para encarecimiento de lo mejor: la tela más rica y vistosa, para venderla por tal, de Lope llama el mercader; la más acabada pintura, no de Apeles, de Lope la llama el pintor”.

Esta nombradía era tan extraordinaria que “vinieron muchos —según testimonio de Montalván— desde sus tierras sólo a desengañarse de que era hombre. Enseñábanle en Madrid a los forasteros como en otras partes un templo, un palacio y un edificio.”

Y causa una impresión dolorosa ver como al cabo de una actividad literaria de más de medio siglo, sin parangón posible, el gran artista vive en la penuria, a extremo de pedir a su protector hasta lo más necesario para su mantención.

“No tengo más hacienda que esta casilla y mis librillos” —dice— “Aquí, señor, está todo en peor estado que solía, porque si había algunos cela-

jes de remedio, ya se han divertido entre las nubes de tantas variedades. Ni hay sustento, ni vestido, ni dinero". En la primavera de 1628 enferma de gravedad y las quejas y peticiones al Duque, siguen: "Lorenza (su criada Lorenza Sánchez), me dice escriba a V. ex^a que porque mañana jueves tiene un cuidado, sea servido de mandar que le envíen una empanada".

Las ganancias materiales del escritor, habían sido considerables y Montalván, que dice era "el poeta más rico y más pobre de nuestro tiempo", calcula que sólo las comedias le produjeron ochenta mil ducados; cuenta también que en cierta ocasión, le aseguró haber recibido de su señor, veinticuatro mil ducados en el discurso de su vida.

Pero Lope dilapidó su riqueza con el mismo gesto generoso con que prodigó su alma y su genio; y gracias al leal Montalván sabemos que "jamás le pidió pobre limosna que se la negase".

En 1629, termina el "Laurel de Apolo", poema en el que hace el elogio de los poetas contemporáneos y cuya publicación tiene lugar al año siguiente, incluyéndose en el mismo volumen una égloga, "La selva sin amor", que se representó ante la corte, con gran magnificencia.

En una fiesta que ofrece el conde-duque a los reyes, en los jardines del conde de Monterrey, es puesta en escena "La Noche de San Juan", obra de Lope, pero parece que este no tuvo nunca amigos de valía entre los cortesanos, como lo revela el repetido fracaso de sus demandas de cargos oficiales y el no haber podido conseguir un hábito en alguna de las Ordenes militares. "Tócame —escri-

be— solo los reflejos de los grandes palacios”.

La “égloga a Claudio”, aparece por entonces, obra de gran belleza literaria y de un interés excepcional por las noticias que de su vida nos proporciona.

En 1632, ve la luz “La Dorotea”, “acción en prosa”, que escrita, al parecer en parte, en sus años juveniles, retoca y acaba a los setenta años. La Dorotea es una de las obras más bellas, no sólo de Lope, sino de la entera literatura española. Su valor autobiográfico es importantísimo y en ella refiere el poeta sus amores con Elena Osorio, con la calma y la visión serena que le prestan los cincuenta años transcurridos. El libro “no es un arrepentimiento; —escribe Montesinos— Lope no tiene de que arrepentirse; la pasión no peca y la Dorotea no es una palinodia sino una superación. Lope escribe en un momento de equilibrio, de ecuanimidad, de maravillosa lucidez. Momento de comprender y sonreír”.

Doña Marta de Nevares fallece ese año de 1632, probablemente en la propia casa del Fénix; y poco después se celebra el casamiento de Feliciano, la única hija legítima que le queda, con Luis de Usátegui, modesto empleado del Consejo de Indias. El viejo Lope se va quedando terriblemente solo. Da todavía a luz un libro de versos las “Rimas humanas y divinas”, bajo el seudónimo de “Tomé de Burguillos”, nombre que ya usó en los certámenes de San Isidro. En el volúmen se incluye el famoso poema burlesco “La Gatomaquia”.

Y llegamos al año de 1634, en el que el destino arrancaría a Lope sus últimos afectos, sumiénd-

dole en la mayor infelicidad posible. “Dos disgustos —nos dice Montalván— le tenían reducido a una continúa pasión melancólica”.

El primero fué la muerte de su hijo Lope Félix, a quién había dedicado su primera comedia “El verdadero amante”. Este Lopito o Lope de Vega Carpio, el mozo, como le llamaban, era el último hijo que le dió Micaela de Luján y parece que era un muchacho revoltoso y desobediente a su padre. Inquieto y rebelde, abrazó la carrera de las armas, peleando valerosamente en diversas acciones. Arrastrado de su carácter aventurero, se unió a una expedición para la pesca de perlas en la isla Margarita, empresa, que por desgracia, terminó en un naufragio en el que todos los tripulantes perecieron. Su padre escribió una égloga pescatoria a su muerte, publicada en la Vega del Parnaso.

Si la muerte de Lopito apesadumbró al anciano clérigo, el segundo infortunio debió llegarle a lo más entrañable de su ser.

La única alegría de su vejez, el solo consuelo de sus amarguras era Antoñica, la menor y más querida de sus hijas, y en ella había concentrado el tesoro inapreciable de su ternura. Antoñica — Antonio Clara— tenía en 1634, diecisiete años y la niña que rezaba a Santa Lucía que devolviera la vista a los bellos ojos de su madre, habíase convertido en una preciosa mujer. Lope, lleno de satisfacción, se ufanaba de la hermosura de su hija, que a más de estas gracias naturales, era discreta, donosa y de entendimiento despejado. En casa del Duque y en otros lugares, representaba comedias y conocemos una loa que su padre escribió para que

ella la recitara. En su trato con gente de la farándula; acaso en las representaciones en casa de Sessa, conoció Antoñica —para desgracia suya y mayor desdicha de su padre— al que habría de ser su raptor y cuya personalidad no ha sido aún del todo aclarada.

Algunos suponen que fuera Julianillo Valcárcel, el hijo bastardo del Conde-Duque de Olivares; otros se inclinan a creer que fuera Don Cristóbal Tenorio, pero es indudable que se trataba de alguna persona de gran influencia o elevada posición en la corte.

Impotente, Lope, para castigar al raptor o para exigirle la reparación del agravio, alude veladamente al suceso en la égloga "Filis" y en otras composiciones, pero debió resignarse a sufrir calladamente su inmensa aflicción.

Han pasado unos meses y la vida del poeta se acaba rápidamente. Los infortunios de todo género, pero principalmente el rapto de Antonia Clara, han ido minando su entereza. "Era tanta la congoja que le afligía —nos relata su fiel Montalván— que el corazón no le cabía en el cuerpo, y rogaba a Nuestro Señor que se la templase con abreviarle la vida."

Lope, mira en su derredor y contempla tristemente el contorno de las cosas. Del fondo del alma le sube a la boca un gusto indefinible que le deja un sabor amargo. Los recuerdos acuden en tumulto, y al entornar los párpados, ven sus ojos interiores un inacabable desfile de rostros y ademanes borrosos. Piensa en sus luchas; en sus triunfos; en sus caídas. Sonríe levemente al reme-

morar las correrías con Liñán; los ataques de Góngora, de Cervantes, de Espinel. Todos se hundieron ya en las sombras, y con ellos, lo mejor de su vida: los años ligeros y esperanzados. Sólo él, ha llegado al arrabal de senectud donde todo se torna graveza. Parécele que los tiempos han cambiado y "hasta en mudar la lengua, es otra nación la nuestra de lo que solía ser la española". Su Madrid mismo, tiene ahora una fisonomía difícil: el pueblo, que él ama y conoce tan entrañablemente, no ha variado, ni variará, y bajo el alto cielo carpetano, el aire delgado de la villa baila regocijado de lo que oye y atisba entre el desgarrado vecindario. Pero Lope sabe que la corte es "lugar de incierta esperanza, casa de pocas verdades y dificultosas pruebas"; donde es dichoso quién logra comer y beber; donde tanta gente vive de pedir prestado; donde sólo es desdichado el que no juega ni miente; donde los más leales soldados comen en los monasterios y mueren en los hospitales. A esta "tela de araña que pesca moscas y deja animales fuertes"; a este Madrid "donde se visten bufones y se desnudan discretos", es al que el poeta mira desengañado y dolorido.

Sus días y sus noches no son ya más que un ir y venir a sus soledades con el corazón cada vez más oprimido por los pensamientos. "Todo llega, todo cansa, todo se acaba". Vive solo en su casa de la calle de Francos en la que reina un silencio angustioso. Marcelica está en el convento; Feliciana, con su marido; Antonia Clara, ¡sabe Dios donde!. ¡Soledad de soledades!

Los hijos engendrados por él, y por él sólo e-

chados al mundo; los diez mil, los doce mil personajes de sus comedias, esos no le abandonarán y mientras su lengua exista, hablarán en su favor y en su enaltecimiento. Pero los otros, los nacidos de su carne pecadora, le han desamparado cuando más necesitado se encontraba de consolación.

Las fuerzas corporales defallecen cuando su espíritu alcanza la máxima lucidez, y lleno de melancolía escribe: "Cuando un hombre siente que sabe alguna cosa y que podría comenzar a escribir más cuerdamente, ya se acaba la edad".

El viernes, 25 de agosto, se levanta muy de mañana, reza el oficio divino, dice misa en su oratorio, riega el jardín y enciérrase en su estudio. A mediodía se siente algo indispuerto y a pesar de tener licencia para comer carne, observa la vigilia escrupulosamente. Acude, por la tarde, a oír al Doctor Cardoso, que defiende unas conclusiones médico-filosóficas en el seminario de los Escoceses. Tómale allí un desmayo repentino y después de sosegar un poco, atendido por el Dr. Medrano, "muy amigo suyo", le traen a su casa en una silla. Le acuestan y llamados los médicos, recetan un purgante y le sangran.

El 26, le visita el Doctor Juan de Negrete, médico de cámara de S. M., quién pasaba casualmente por la calle de Francos. Luego de reconocerle, díjole, el Doctor Negrete, con mucha blandura, que le diesen luego el Santísimo Sacramento. Despidióse y no sin advertir que tuviesen cuidado con él porque estaba acabando. Vino el Viático que recibió con reverencia y lágrimas de alegría. Quedó sosegado por dos horas, pero luego se conoció el

peligro evidente y le trajeron el último remedio de la Extremaunción. Recibióla, llamó a su hija, a Feliciano, echola su bendición y despidióse de sus amigos como quién se partía para una jornada tan larga.

Pasó la noche con inquietud y amaneció el lunes 27 de agosto, tan débil, que la falta de respiración no le dejaba formar las palabras.... Así nos va retratando su discípulo Montalván, los últimos momentos del Fénix, de los que fué testigo presencial. Sabemos por él, que entre los presentes estaban: el duque de Sessa, su gran amigo el secretario Juan de Piña, el clérigo-poeta Valdivielso, que había bautizado a varios hijos de Lope, el doctor Quintana y muchos otros amigos y religiosos.

Y a las cinco y cuarto de la tarde, con "los ojos en el cielo, la boca en un crucifijo y el alma en Dios, expiró la suya al eco del dulcísimo nombre de Jesús y de María, que a un mismo tiempo repitieron todos".

Montalván refiere a continuación, con gran lujo de detalles, el entierro y solemnísimos funerales que durante nueve días se celebraron en sufragio del alma de Lope. Todo Madrid tomó parte en el duelo y una inmensa multitud presenció la conducción del cadáver a la iglesia de San Sebastián donde tuvo lugar el sepelio.

La comitiva pasó por la calle de Cantarranas, delante del convento de las Trinitarias, a petición de Marcela, la hija monja del poeta. Los restos de éste, recibieron sepultura en uno de los nichos del presbiterio, de donde fueron removidos a fines del siglo XVIII o principios del XIX, en una de las

“mondas” periódicas, ignorándose en la actualidad su paradero.

Este año de 1635, se publicaron las partes XXI y XXII de sus comedias, que ya habían quedado preparadas para ser impresas. En 1637, ve la luz “La Vega del Parnaso”, obra en la que se reúnen numerosas poesías hasta entonces inéditas; el año 38 sale la parte XXIII; el 41, la XXIV y en 1647, hace su aparición la parte XXV, última de las formadas en tiempos del escritor.

.....

Y ahora es llegado el momento de lanzar una brevísima ojeada sobre la ingente obra literaria del Fénix de los ingenios.

Lope es una de las figuras más egregias que ha producido España. Si su vida no es un dechado de virtud, su labor justifica sobradamente sus flaquezas y la realización de la belleza es también un bien de orden moral.

Su obra prodigiosa y variadísima escapa a toda clasificación. Todo lo ensayó: desde el romance a la epopeya; desde la canción popular al poema erudito. Lope de Vega, no es solamente el más grande escritor dramático en lengua castellana, sino también, uno de sus primeros poetas líricos. “Me espanta a veces —escribe Grillpazer— la riqueza de pensamiento de Lope de Vega. Pareciendo que permanece siempre en lo más singular, salta a cada momento a lo general, y no hay poeta tan rico como él en observaciones y notas de carácter práctico. Bien puede decirse que no hay situación de la vida a que no haya tocado en el círculo de sus creaciones”.

Su sensibilidad finísima le permite captar los menores reflejos, recoger los detalles más nimios, que aparecerán luego, como piedras preciosas incluso entre el mazacote de los pasajes más áridos de sus obras.

La extensión de sus conocimientos en todos los ramos del saber humano nos deja llenos de asombro. Pasa de la teología al arte de marear; de la historia romana a los remedios caseros, revelando un saber tan firme y seguro que sólo nos es dado concebir en un ser dotado de una sorprendente retentiva. “Ignoramos que número de palabras empleó Lope —dice Américo Castro— pero es probable que ningún escritor en el mundo tenga más abundante léxico, ya que la impresión del lector es que todas las cosas de su tiempo figuran en su obra.... El día que se forme el diccionario de Lope causará maravilla ver adonde llegó la facultad receptora de un sólo hombre”.

Cuantos han analizado la producción literaria del Fénix han percibido el desdoblamiento de su personalidad artística: de un lado el poeta popular y nacional: del otro, el erudito y universal. Y es en los momentos en que el instinto castizo de Lope se libera de las influencias exóticas, cuando su poesía adquiere calidades más puras de belleza. El color y la animación que cobran las cosas al ser tocadas por la pluma —mejor pincel— del poeta, cuando abandonándose a la espontaneidad, sigue éste sus naturales impulsos, es algo que sólo al genio cabe realizar. Nadie como él ha llegado con tanto amor a la entraña, a las raíces más hondas de lo popular, que es lo perdurable.

Su colosal producción dramática es el puntal más firme de su gloria, pero Lope no concedía gran importancia a sus comedias y de ello tenemos numerosos testimonios. “Si algunos piensan que las escribo por opinión —escribe a Sessa en 1604— desengáñeles V.md., y dígales que por dinero”. Y en el prólogo la parte XV, dice: “que teniendo ingenio y letras para los libros que corren suyos por Italia y Francia, tiene las comedias por flores del campo de su Vega que sin cultura nacen”.

Escribía sus comedias atropelladamente y con el fin de que fueran representadas unas cuantas veces y pronto olvidadas. Nunca las hizo pensando en que serían leídas con detenimiento por los críticos literarios y sí solo “panem lucrando”. Creyó que su notoriedad le vendría de sus otras obras no dramáticas y por tanto no tuvo escrúpulos en saltar sobre las reglas establecidas, pensando que si la comedia llegaba a conseguir el aplauso del vulgo, con ello se daba por contento. Desde los diez años nos confiesa que conoce las reglas dramáticas, pero encierra los preceptos con seis llaves y saca a Terencio y Plauto, tranquilamente, de su estudio para que no le den voces. Si se queja de que otros impriman clandestinamente sus comedias, no es por temor de que su reputación literaria sufra sino por razones de orden práctico:

“Cogen papeles de una y otra mano,
imprimen libros de mentiras llenos,
dánme la paja a mí, llévanse el grano”.

dice en una ocasión:

“¿Para que me he cansado tantos días si tienen este fruto mis trabajos?”

exclama otro día, entre despechado y burlón.

La rapidez con que escribía le hace caer en repeticiones y en plagios de si mismo. De una leyenda, de un suceso que ha oído contar, de una copla, saca el argumento de muchas de sus comedias. Su objetivo era mantener tenso el interés del espectador y para ello da su fórmula con ingenuidad: “En el acto primero ponga el caso; en el segundo enlace los sucesos, de suerte que hasta medio del tercero, apenas juzgue nadie en lo que para, pero la solución no la permita, hasta que llegue la postrera escena, porque en sabiendo el vulgo el fin que tiene, vuelve el rostro a la puerta”.

Se ha dicho que si en Lope es siempre la exposición magistral, el desarrollo y remate de sus comedias es endeble. Son numerosas, sin embargo, las comedias en que el proceso dramático se desenvuelve con gran maestría para culminar en un acto final de factura irreprochable.

En su teatro da entrada a toda la epopeya nacional; lleva a la escena la vida de su tiempo y la de las épocas pretéritas; la tradición; la diversidad regional y hasta los usos de las aldeas.

Su facilidad es pasmosa. En los autógrafos que de él se conservan aparecen folios y folios sin la menor tachadura, sin la más leve corrección. Quizá esta misma fluidez le haría menospreciar su obra pues sabido es que sólo estimamos aquello que nos cuesta algún esfuerzo. Lope tenía plena con-

ciencia de que su producción se resentía de la velocidad con que era escrita. Esta elaboración vertiginosa impediría siempre el logro de una obra de vuelo universal, digna de sus fabulosas facultades. Pero no tiene tiempo para ello y lo confiesa con toda claridad.

“Del vulgo vil solicité la risa
siempre ocupado en fábulas de amores;
Así grandes pintores
manchan la tabla aprisa”.

Vislumbra, empero, más adelante la trascendencia de su labor y comienza a considerarse como el fundador de la comedia nueva; y al final de su vida, tal vez, entrevé o adivina que en su contribución —más bién creación— a la escena española, quedaría la marca más considerable de su genio.

“Si hubo alguna vez un poeta —escribe Schack— a quién su nación no sólo debe un drama, sino una literatura dramática completa, lo fué, sin duda, nuestro español. Habíale dotado la naturaleza no sólo de aquella perfecta armonía de todas las facultades del alma, germen del arte, que es la flor del espíritu humano: no sólo poseía todas las dotes, que son tan necesarias al eminente poeta lírico y épico como al dramático, espíritu flexible y vigoroso, facilidad de penetrar profundamente en la naturaleza y la vida humana, sensibilidad ardiente y variada, elevación de la fantasía y de la inteligencia, sino que le adornaban además en supremo grado todas las prendas que caracterizan a los grandes dramáticos, como el conocimiento más

profundo de los hombres y de sus inclinaciones, el sentido más perspicaz para comprender las pasiones, sus causas y efectos, juntamente con inagotable imaginación e inventiva, delicada reflexión y penetrante golpe de vista necesario para trazar y desarrollar un plan dramático.... Este genio extraordinario sin esfuerzo y como jugando, parece haber producido la más difícil de las formas poéticas, cuando naciones y siglos se han afanado inutilmente en poseerla. Sus creaciones sin número son tan completas, tan bellas e hijas tan legítimas de una necesidad interior, que deberíamos creer que no las produce el poeta, sino la misma naturaleza”.

Lope construye sus comedias sobre pasiones y sentimientos y con su enorme genio dramático consigue que el espectador se sienta arrebatado, y pendiente de lo que sucede en la escena, desde el primer momento. Por eso él no necesita de tramoyas complicadas, ni de artificios espectaculares, que más tarde empleará Don Pedro Calderón, exageradamente.

Con un mínimo de recursos, consigue el máximo efecto. Maneja el diálogo con singular maestría y su lenguaje —que apenas sufrió influencias culteranas— es claro y sencillo, lleno de gracia y naturalidad. Sus tipos femeninos son siempre de una gran delicadeza y se nota la ternura que pone en ellos el poeta.

Por toda la obra inmensa de Lope circula un soplo mágico de juventud y da la sensación de haber sido escrita sin fatiga ni pena. Produce asombro encontrar esta lozanía en las obras correspon-

dientes a la extrema vejez del gran escritor, pero, en realidad, todo en él nos sume en la más grande admiración.

La magnífica figura de Lope de Vega fué cayendo en el olvido al finalizar el mismo siglo que viera su glorioso tránsito a la inmortalidad y a lo largo de toda la centuria siguiente—la de menos sabor auténtico español—la influencia transpirenaica, que casi cegó los veneros mismos del sentir nacional, impidió, naturalmente, volver la mirada sobre una época que era juzgada como grosera y ruda.

El siglo XIX, inicia el redescubrimiento de los valores cimeros de nuestra literatura y reivindica el teatro español, que yacía, poco menos que, enterrado en el polvo del desprecio academicista.

El entusiasmo que despierta Calderón entre los románticos alemanes, estorba durante muchos años, que Lope avance a plena luz para ocupar el lugar que sólo a él le pertenece. A fines del siglo da comienzo Lope a su marcha ascendente con largos pasos decididos, y en lo que va transcurrido del XX, su rehabilitación es ya completa; Lope, poeta popular y profundamente humano, pasa a símbolo nacional; y adquiriendo dimensiones universales en virtud de su mismo genio castizo, es ya una gloria de la humanidad civilizada.

España y el Universo, sus dos patrias, han rendido, este año, el homenaje de su admiración, su ofrenda de reconocimiento al poeta por la herencia maravillosa de belleza que nos legó en su obra; y nosotros, desde aquí, le enviamos nuestro modesto tributo de devoción.

Y voy a dar fin a esta disertación deshilvanada con las palabras que cierran la Dorotea:

“Senado.... no quiso el poeta faltar a la verdad, porque lo fué historia. Si ha cumplido con el nombre, aduertid el exemplo a cuyo efeto se ha escrito, y dalde aplauso”.

* * *

La Schola Cantorum de Santo Domingo, única agrupación coral de la República Dominicana, cuya existencia se debe a la iniciativa y perseverante labor de Fray Atanasio de C. Vega, de la Orden Franciscana Capuchina, colaboró brillantemente en el homenaje al Fénix de los Ingenios, interpretando, bajo la dirección de su benemérito fundador, cuatro canciones con letra de Lope de Vega y música de autores de la época, ya escrita para textos lopianos, ya utilizada por el gran dramático en sus obras.

Damos a continuación el texto de estas cuatro canciones que ha sido posible dar a conocer al público gracias a la transcripción de Don Jesús Bal publicada en el número extraordinario de la revista “Residencia”. (Madrid 1935).

Anónimo

¡Como retumban los remos,
madre, en el agua,
con el fresco viento
de la mañana!

Despertad, Señora mía,
despertad,
porque viene el alba
del señor San Juan.

(Las flores de Don Juan.)

Anónimo

Mañanicas floridas
del frío invierno,
recordad a mi Niño
que duerme al hielo.
Mañanas dichosas
del frío diciembre,
aunque el cielo os siembre
de flores y rosas,
pues sois rigurosas
y Dios es tierno,
recordad a mi Niño
que duerme al hielo.

(El Cardenal de Belén.)

Orlando de Lasso

Siendo de amor Susana requerida
por codiciar dos viejos su beldad,
fué toda en sí muy triste y afligida
por no perder su honra y castidad.
Y dijo así: Si por deslealtad
consiento en vuestra vil concupiscencia,
perdida soy; si hago resistencia
por falsedad yo perderé el honor;

mas es mejor morir con inocencia
que con pecar ofender al Señor.

(Letra de Tonos Castellanos.)

Pedro Rimonte

Madre, la mi madre,
guardas me poneis ;
que si yo no me guardo
mal me guardaréis.
Como es el amor
hijo de un herrero,
llaves y llavero
hace con primor,
con que sin rumor
abre cualquier puerta
y la deja abierta
cuando la cerreis ;
que si yo no me guardo
mal me guardaréis.

(El mayor imposible.)



